

# Capítulo 1

---

El ventilador del techo se detuvo.

Sarah Stevens estaba tan acostumbrada al leve zumbido del ventilador que cuando dejó de oírlo se despertó inmediatamente. Entrecerró un ojo y echó un vistazo al despertador digital, pero no vio brillar en él ningún número rojo. Parpadeó, todavía adormilada y confundida, y entonces se dio cuenta de lo que ocurría.

Se había ido la luz. Vaya, genial.

Se giró hasta quedar tumbada boca arriba y escuchó. La noche estaba en silencio; no se oía el rugido del trueno que indicara el azote de una violenta tormenta de primavera en la zona, lo que habría explicado el corte del suministro eléctrico. Sarah no corría las cortinas por la noche ya que sus habitaciones daban a la parte de atrás, donde las plantas bajas contaban con vallas de privacidad, y desde las ventanas de su habitación pudo ver el débil resplandor de la luz de las estrellas. No sólo no llovía, sino que el cielo ni siquiera estaba nublado.

Quizá hubiera estallado un transformador o un accidente hubiera derribado un poste eléctrico. Había muchos factores que podían provocar un corte de electricidad.

Sarah suspiró, se sentó y buscó la linterna que guardaba en la mesita de noche. Fuera cual fuese la causa de aquel corte de luz, su trabajo era minimizar el efecto que ese imprevisto pudiera tener sobre el juez Roberts y asegurarse de que éste no sufriera las molestias más de

lo necesario. El juez no tenía ninguna cita esa mañana, pero el anciano era muy quisquilloso sobre la hora en que tomaba el desayuno. Y no es que fuera irritable al respecto, pero lo cierto es que últimamente cualquier cambio en su rutina le molestaba incluso más que hacía un año. Tenía ochenta y cinco años. Se tenía bien merecido tomar su desayuno a la hora que quisiera.

Descolgó el teléfono. Era una línea de toma a tierra, por lo que el corte de electricidad no le afectaba. Los inalámbricos eran fantásticos, hasta que se iba la luz. Aparte de ése, Sarah se había asegurado de que unos cuantos teléfonos estratégicamente colocados en la casa principal fueran líneas de toma a tierra.

No oyó ningún tono de llamada.

Salió de la cama confundida y ligeramente preocupada. Sus dos habitaciones estaban situadas encima del garaje. El salón, que también comprendía la cocina, daba a la parte de delante, y su habitación y el baño a la de atrás. No encendió la linterna. Estaba en su casa y no necesitaba de ayuda para llegar a la otra habitación. Corrió las cortinas que cubrían las ventanas que daban a la calle y miró fuera.

Ninguna de las luces estratégicamente colocadas en el césped perfectamente cuidado del juez estaban encendidas, pero a la derecha, el suave resplandor de las luces de seguridad del vecino dibujaba largas y densas sombras sobre la hierba.

Eso quería decir que no había habido ningún corte de electricidad. Quizá hubiera saltado algún fusible, pero eso sólo habría afectado a parte de la casa, o a la planta baja, pero no a ambas. Sarah se quedó muy quieta, combinando lógica e intuición: (A) Se había ido la luz. (B) La línea telefónica estaba cortada. (C) El vecino de al lado tenía luz. La conclusión a la que llegó no requería demasiado esfuerzo: alguien había cortado los cables, y la única razón para hacer así era entrar en la casa.

Regresó corriendo al dormitorio, silenciosa como un gato sobre sus pies descalzos, y cogió su nueve milímetros automática de la mesita de noche. Maldita sea, tenía el móvil en el 4x4, que había dejado aparcado bajo el pórtico de la parte de atrás de la casa. Fue hacia la puerta a toda prisa después de considerar sólo brevemente la posibilidad de dar la vuelta a la casa para coger el móvil del coche. Su prioridad número uno era proteger al juez. Tenía que llegar hasta él y asegurarse de que estaba a salvo. Había recibido un par de creíbles

amenazas de muerte durante su último año en el estrado, y aunque él siempre les había hecho caso omiso, Sarah no podía permitirse ser tan arrogante.

Su apartamento conectaba con la casa por una escalera, franqueada por puertas tanto en la parte baja como en lo alto. Tuvo que encender la linterna cuando empezó a bajar para no saltarse un escalón y tropezar, pero en cuanto llegó abajo apagó la luz. Se detuvo un instante para dejar que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, y mientras tanto se quedó escuchando, aguzando los oídos para captar cualquier ruido extraño. Nada. En silencio giró la manilla y abrió la puerta poco a poco, centímetro a centímetro, con cada uno de los nervios del cuerpo en estado de alerta. No fue recibida por ningún ruido extraño, de manera que siguió adelante.

Se encontraba en un pequeño vestíbulo. A su izquierda estaba la puerta que daba al garaje. Sin hacer el menor ruido intentó abrirla, pero la encontró cerrada con llave. La siguiente puerta era la del cuarto de la lavadora, y justo al otro lado del vestíbulo estaba la cocina. El reloj a pilas de la cocina dejaba oír su monótono tic tac, que ahora se oía con fuerza ya que el zumbido de la nevera no amortiguaba su sonido. Sarah entró en la cocina y sintió el frío de la cerámica vidriada en las plantas de los pies. Rodeó el enorme office que ocupaba el centro del espacio y volvió a hacer una pausa antes de entrar en la sala de desayuno. Allí había más luz, gracias al inmenso ventanal circular que daba al jardín de rosas, pero eso quería decir que corría mayor peligro de ser vista si había algún intruso vigilando. Llevaba un pijama de algodón azul celeste, un color que resultaba casi tan visible como el blanco. Sería un objetivo fácil.

Era un riesgo que debía correr.

El corazón le golpeaba contra las costillas y Sarah inspiró lenta y profundamente para calmarse mientras intentaba controlar la adrenalina que le recorría el cuerpo a toda velocidad. No podía permitir que el remolino de ansiedad la dominara. Tenía que controlarlo, mantener la cabeza fría y despejada, recordar su adiestramiento. Volvió a inspirar con profundidad y siguió adelante, minimizando su exposición pegándose a la pared cuanto pudo sin llegar a rozarla. Despacio y tranquila, pensó. Paso a paso, colocando sus pies descalzos con cuidado para no perder el equilibrio, fue rodeando la habitación hasta llegar a la puerta que daba al vestíbulo trasero. De nuevo se detuvo a escuchar.

Silencio.

No. Un sonido amortiguado, tan leve que no llegó a estar segura de haberlo oído. Esperó, conteniendo la respiración y desenfocando deliberadamente la mirada a fin de poder detectar cualquier movimiento con su visión periférica. El vestíbulo estaba vacío, pero un instante después volvió a oír aquel sonido, un poco más fuerte esta vez, que procedía de... ¿el solarium?

Además del comedor, la parte delantera de la casa albergaba dos solemnes salones. La cocina, el salón de desayuno, la biblioteca y el solarium estaban en la parte trasera. El solarium era una habitación esquinera, con dos de sus paredes compuestas básicamente de ventanas y de dos pares de puertas corederas de cristal que daban al patio. Sarah decidió que, si hubiera planeado entrar en la casa, habría escogido el solarium como el mejor punto de acceso. Evidentemente, alguien más había pensado lo mismo.

Avanzó furtivamente hasta el vestíbulo, se detuvo durante una décima de segundo y a continuación dio dos ligeros pasos que la llevaron hasta uno de los laterales del viejo y enorme buffet centenario que ahora se utilizaba para guardar manteles y servilletas. Apoyó una rodilla en la gruesa alfombra, quedando oculta por la masa del buffet, justo en el momento en que alguien salía de la biblioteca.

El hombre vestía ropa oscura y cargaba con algo grande y voluminoso. El terminal del ordenador, pensó Sarah, aunque el vestíbulo estaba demasiado oscuro para estar segura. El hombre llevó su carga al solarium y Sarah volvió a oír más ruidos amortiguados, muy semejantes al roce de zapatos sobre una alfombra.

El corazón le palpitaba en el pecho, aunque, por otro lado, estaba un poco aliviada. Sin duda, el intruso era un ladrón y no un criminal que tuviera como objetivo vengarse del juez. Aunque eso no significaba que no corrieran peligro. El ladrón podía ser violento, a pesar de que, hasta el momento, sus movimientos eran los de alguien concentrado en robar lo que pudiera y desaparecer después. Por cómo había cortado los cables de la luz y del teléfono, estaba claro que era organizado y metódico. Probablemente había cortado la electricidad para desactivar el sistema de alarma y después había hecho lo mismo con las líneas telefónicas como precaución añadida.

La pregunta era: ¿Qué debía hacer?

Sarah era muy consciente de que llevaba un arma en la mano,

pero la situación no requería medidas mortales. Dispararía en caso de que fuera necesario hacerlo para salvar la vida del juez, o la suya, pero no pensaba disparar a alguien porque se estuviera llevando un equipo electrónico. Sin embargo, eso no quería decir que estuviera pensando dejarle escapar.

También cabía la posibilidad de que el hombre fuera armado. Por norma los ladrones no llevaban armas porque, en caso de que la suerte no estuviera de su parte, la condena a prisión por robo a mano armada era mucho más rígida que por un simple robo. Pero el hecho de que la mayoría de ladrones no fueran armados no significaba que pudiera dar por hecho que éste no lo fuera.

Era un hombre corpulento. Por lo que Sarah había podido ver en la oscuridad del vestíbulo, se trataba de un hombre de un metro ochenta, y fornido. Probablemente podría enfrentarse a él cuerpo a cuerpo, a menos que fuera armado. En ese caso, todo el adiestramiento del mundo no sería suficiente para detener una bala. Su padre le había dicho que había una gran diferencia entre estar seguro de uno mismo y ser arrogante. La arrogancia provocaría que te mataran. Lo mejor sería pillarle por sorpresa, por la espalda, antes que arriesgarse a que le disparara.

Un susurro puso a Sarah sobre aviso, y se quedó quieta mientras el hombre entraba en el vestíbulo, recorriendo en dirección inversa el camino que llevaba del solarium a la biblioteca. Era un buen momento para pasar a la acción y cogerle cuando volviera a salir con los brazos llenos de objetos robados. Sarah dejó la linterna en el suelo y luego transfirió la pistola a su mano izquierda. Sin hacer ruido empezó a ponerse en pie.

Otro hombre salió del solarium.

Sarah se quedó helada, con la cabeza asomando por encima del buffet. El corazón le latía con enfermiza violencia, casi dejándola sin aliento. Al hombre le bastaba con mirar hacia donde ella estaba. El rostro de Sarah, pálido y claro en la oscuridad, resultaría claramente visible.

El hombre no se detuvo, sino que siguió sigilosamente los pasos del primero hacia la biblioteca.

Sarah volvió a agazaparse contra la pared, temblando de alivio. Inspiró varias veces, en silencio y profundamente, reteniendo el aire en los pulmones durante unos segundos para calmar los acelerados

latidos de su corazón. Le había ido de muy poco. Un segundo más y el hombre la habría encontrado de pie, totalmente visible.

El hecho de que fueran dos los hombres, y no uno, sin duda daba un cariz diferente a las cosas. Ahora Sarah corría doble riesgo, y sus posibilidades de éxito se habían reducido a la mitad. La mejor opción empezaba a ser salir sigilosamente hasta el 4x4 y llamar a la policía desde el móvil, suponiendo que consiguiera llegar hasta allí sin ser vista. Para Sarah el mayor problema era dejar a juez desprotegido. El juez no oía bien. Los ladrones podían entrar en su habitación antes de que él se diera cuenta. No tendría la menor oportunidad de esconderse. El anciano era lo bastante valiente para luchar contra un intruso, lo que en el mejor de los casos le dejaría herido, y, en el peor, muerto.

La misión de Sarah era asegurarse de que eso no ocurriera. Pero no podía hacerlo si estaba fuera hablando por teléfono.

Sintió un calambre nervioso que no tardó en calmarse. Había tomado una decisión; debía olvidarse de todo excepto de su adiestramiento.

Desde la biblioteca llegaron sonidos apagados y un débil gruñido. A pesar de lo tensa que estaba, Sarah empezó a sonreír. Si estaban intentando levantar la televisión de cincuenta y cinco pulgadas, se las verían con más de lo que podían manejar y tendrían las manos ocupadas. Quizá no hubiera mejor momento que aquél para pillarles.

Sarah se levantó y entró sin hacer ruido en la biblioteca, pegando la espalda contra la pared situada junto a la puerta y echando un rapidísimo vistazo dentro. Uno de los ladrones llevaba entre los dientes un bolígrafo linterna, por lo que Sarah pudo ver que en efecto estaban viéndoselas y deseándolas con el enorme televisor. Benditos, también habían arruinado su visión nocturna, con lo que les era realmente difícil verla.

Sarah esperó y, tras unos cuantos gruñidos y una susurrada maldición, uno de los ladrones empezó a salir de la biblioteca de espaldas, utilizando las dos manos para agarrar un lado del televisor mientras el otro cargaba con el lado opuesto. Sarah casi podía oír cómo sus huesos crujían bajo el peso del aparato, y, gracias al fino rayo de luz proyectado por el bolígrafo linterna que iluminaba de pleno el rostro sudado del primer hombre, logró ver su expresión de esfuerzo.

Aquello era pan comido.

Sarah sonrió. En cuanto el primer ladrón atravesó la puerta, Sarah

tendió su pie descalzo y trabó con él el tobillo izquierdo del hombre, tirando de él hacia arriba. El ladrón soltó un grito de sorpresa y cayó de espaldas en el vestíbulo. El enorme televisor golpeó de lado contra el marco de la puerta y luego cayó hacia adelante. El hombre que estaba en el suelo soltó un grito de alarma, que se convirtió de pronto en un agudo chillido cuando el televisor le aplastó la pelvis y las piernas.

Su compañero agitó los brazos, intentando recuperar el equilibrio. Se le cayó el bolígrafo linterna de la boca y en mitad de la repentina oscuridad, se lanzó hacia adelante y dijo:

—¡Joder!

Sarah le ayudó, pivotando y soltándole un puñetazo en plena sien. No pudo golpearle con todas sus fuerzas, ya que le había pillado en plena caída, pero bastó para clavarle los nudillos y dejarle tumbado inerte encima del televisor, lo que provocó nuevos gritos desde debajo del aparato. El hombre inconsciente se deslizó lentamente a un lado, desplomado y flácido. Un golpe en la sien solía tener ese efecto.

—¿Sarah? ¿Qué ocurre? ¿Por qué no hay luz?

La voz del juez venía de lo alto de las escaleras traseras y se elevaba por encima de los gritos del hombre que había quedado inmobilizado debajo del televisor.

Considerando acertadamente que ninguno de los dos hombres iba a ir a ninguna parte en los minutos siguientes, Sarah fue hasta el pie de las escaleras.

—Han entrado dos hombres en la casa —dijo. Entre la sordera parcial del juez y los gritos de dolor, tuvo que chillar para asegurarse de que el juez la oyera—. Está todo controlado. Quédese ahí hasta que encuentre la linterna.

Lo último que necesitaba era que el juez intentara bajar a ayudarla y se cayera por las escaleras en la oscuridad.

Sarah cogió la linterna del suelo, junto al buffet, y luego volvió a las escaleras para alumbrar el descenso del juez, que éste ejecutó a una velocidad con la que puso en jaque sus ochenta y cinco años.

—¿Ladrones? ¿Has llamado a la policía?

—Todavía no. Han cortado el teléfono, y no he podido coger el móvil de la camioneta.

El juez llegó al final de la escalera y miró a su derecha, en dirección a todo aquel barullo. Sarah iluminó servicialmente la escena, y un segundo después el juez se echó a reír:

—Creo que si me das esa pistola puedo tener controlados a estos dos mientras haces esa llamada.

Sarah le dio la pistola por la culata y luego arrancó el cable del teléfono del vestíbulo y se agachó sobre el ladrón que había quedado inconsciente. De los dos, aquél era el corpulento, y Sarah gruñó por el esfuerzo que requirió darle la vuelta. Rápidamente le puso los brazos a la espalda, le ató las muñecas con el cable del teléfono y a continuación le dobló la rodilla y le sujetó el tobillo a las muñecas. A menos que fuera extraordinariamente ágil saltando sobre un solo pie, y encima con una conmoción, nada más y nada menos, no iría a ninguna parte, tuviera o no una pistola apuntándole. Lo mismo podía decirse del tipo que había quedado aplastado bajo el televisor.

—Volveré enseguida —le dijo al juez, y le dio la linterna.

Haciendo gala de su integral caballerosidad, el juez intentó devolvérsela.

—No, necesitarás luz.

—Las luces de la camioneta se encenderán cuando la desbloquee con el control remoto. No necesito más luz —le respondió Sarah, mirando a su alrededor—. Uno de ellos llevaba un bolígrafo linterna, pero se le cayó y no sé dónde está—. Hizo una pausa antes de continuar—: De todos modos no me apetece tocarlo. Lo llevaba en la boca.

El juez volvió a reírse.

—A mí tampoco.

Sarah vio brillar en el reflejo de la luz de la linterna una chispa en los ojos del juez. ¡Vaya, así que estaba disfrutando con todo aquello! En realidad, y pensándolo bien, la jubilación podía resultar casi tan interesante como ocupar un estrado federal. El juez debía de estar sediento de aventura, o al menos de un poco de drama, y justo era eso lo que acababa de caerle limpiamente sobre las rodillas. Pasaría el mes siguiente contando los detalles de lo ocurrido a sus amigotes.

Sarah le dejó a cargo de la custodia de los dos ladrones y volvió sobre sus pasos, cruzando el salón de desayuno y la cocina. Tenía las llaves en el bolso, de manera que se agarró con cuidado a la barandilla de la escalera mientras subía por ella, envuelta en una oscuridad casi total. Menos mal que había dejado abierta la puerta situada en lo alto de las escaleras. El pálido rectángulo le ayudó a orientarse un poco. En cuanto llegó a sus dependencias, dio la vuelta al office de la cocina

y sacó otra linterna del cajón de un armario, luego fue a toda prisa a su dormitorio y cogió las llaves.

Gracias a la linterna, bajó las escaleras mucho más rápido que lo que había tardado en subirlas. Abrió la puerta trasera y pulsó el botón «liberar» de su control remoto en cuanto salió al exterior. Las luces delanteras y traseras de su TrailBlazer con tracción en las cuatro ruedas se encendieron, así como las luces interiores del vehículo. Sarah cruzó rápidamente hasta la camioneta, sintiendo bajo sus pies descalzos el frío y la aspereza de las baldosas. Maldita sea, no se había acordado de ponerse zapatos mientras estaba arriba.

Se deslizó al asiento del conductor, cogió el diminuto móvil del posavasos donde lo guardaba, y pulsó el botón «on», esperando con impaciencia mientras el aparato se activaba y pulsando a continuación los números con el pulgar mientras volvía cautelosamente sobre sus pasos por las baldosas y entraba de nuevo en la casa.

—Cero noventa y uno.

La voz que contestó era la de una mujer, sosegada y casi aburrida.

—Ha habido un robo en Briarwood Road, en el número dos mil setecientos trece —dijo Sarah, y empezó a explicar la situación, pero fue interrumpida por la voz de la operadora del 091.

—¿De dónde llama?

—De la misma dirección. Llamo desde un móvil porque han cortado la línea telefónica —aclaró, dando la vuelta al office de la cocina y entrando en el salón de desayuno.

—¿Está usted en la casa?

—Sí. Hay dos hombres...

—¿Siguen en la casa?

—Sí.

—¿Están armados?

—No lo sé. No he visto ningún arma, pero también han cortado la luz, de manera que no he podido ver en la oscuridad si iban armados.

—Señora, salga de la casa si puede. He mandado ya unidades de patrulla y deberían estar ahí en unos minutos, pero debe salir de la casa ahora.

—Envíe también una ambulancia —dijo Sarah, haciendo caso omiso del consejo de la operadora mientras entraba en el vestíbulo y añadía la luz de su linterna a la del juez, iluminando así a los dos hombres que yacían en el suelo. Sarah dudó de que ninguno de los dos fue-

ra capaz de huir por su propio pie. Los gritos del que estaba aplastado por el televisor habían quedado reducidos a una mezcla de gemidos y maldiciones. El que se había llevado el puñetazo en la sien no se había movido.

—¿Una ambulancia?

—Un enorme televisor se le ha caído encima a uno de los ladrones y puede que le haya roto las piernas. El otro está inconsciente.

—¿Cómo? ¿Que les ha caído un televisor encima?

—Sólo a uno de ellos —dijo Sarah, con estricta honestidad. Estaba empezando a disfrutar de la llamada—. Es un aparato de cincuenta y cinco pulgadas, muy pesado. Intentaban sacarlo entre los dos de la casa cuando uno de ellos tropezó y el televisor se le cayó encima. El otro fue a dar sobre él.

—¿Y el hombre sobre el que cayó el televisor está inconsciente?

—No, está consciente. Es el otro el que ha perdido la conciencia.

—¿Por qué está inconsciente?

—Le golpeé en la cabeza.

El juez Roberts miró a su alrededor y le sonrió, y logró darle su aprobación levantando el pulgar de la mano con la que sostenía la linterna.

—Entonces, ¿los dos hombres están incapacitados?

—Sí —respondió Sarah. Mientras hablaba, el tipo que estaba inconsciente movió un poco la cabeza y gimió—. Creo que está volviendo en sí. Acaba de moverse.

—Señora...

—Le he atado con el cable del teléfono —dijo.

Se produjo una pausa mínima.

—Voy a repetirle lo que me ha dicho para asegurarme de que lo he entendido bien. Un hombre estaba inconsciente, pero ahora está volviendo en sí, y usted le ha atado con el cable del teléfono.

—Correcto.

—El otro hombre está inmovilizado por un televisor de cincuenta y cinco pulgadas y puede que tenga las piernas rotas.

—Correcto.

—Genial —oyó decir Sarah a una voz de fondo.

La operadora del 091 mantuvo su tono de profesionalidad.

—Ya he enviado un equipo médico y dos ambulancias. ¿Hay algún otro herido?

—No.

—¿Tiene usted algún arma?

—Una. Una pistola.

—¿Tiene una pistola?

—El juez Roberts tiene la pistola.

—Le ruego que le diga que deje la pistola, señora.

—Por supuesto.

Ningún agente de policía en su sano juicio deseaba entrar en una casa en la que alguien llevaba una pistola en la mano. Sarah comunicó el mensaje al juez Roberts, que por un instante pareció rebelarse y que luego suspiró y metió la pistola en uno de los cajones del buffet. Teniendo en cuenta el estado de los dos ladrones, no era necesario apuntarles con una pistola, aunque hacerlo atrajera a su instinto de macho.

—Hemos metido la pistola en un cajón —informó Sarah.

—Gracias, señora. Las patrullas estarán ahí en cualquier momento. Querrán poner el arma a buen recaudo, de manera que le pido que cooperen.

—No hay problema. Ahora voy a la puerta a esperarles.

Dejó al juez Roberts vigilando a los cautivos, fue al vestíbulo principal y abrió una de las puertas dobles de cuatro metros y medio de altura justo cuando dos coches de policía de Mountain Brook con luces de emergencia en el techo entraban por la curva del camino y se detenían delante de los amplios escalones.

—Ya están aquí —informó a la operadora del servicio de emergencia, saliendo para que los oficiales pudieran verla. Los rayos de luz de unas potentes linternas jugaron sobre ella, y Sarah levantó una mano para protegerse los ojos de la luz—. Gracias.

—Ha sido un placer serle de ayuda, señora.

Sarah terminó la llamada mientras dos policías de uniforme se acercaban a ella con las manos en el arma. Desde la radio de los coches llegaba un torrente de mensajes estáticos y entrecortados que Sarah no podía entender, y las luces giratorias de los coches daban al césped impecable el aspecto de una extraña y desierta discoteca. A la derecha, los focos exteriores de los Cheatwood se encendieron cuando los vecinos quisieron ver lo que ocurría. Sarah intuyó que el vecindario entero no tardaría en despertarse, aunque sólo unos pocos serían tan obtusos como para investigar personalmente lo ocurrido. El resto utilizaría el teléfono para conseguir información.

—Hay una pistola en el buffet del vestíbulo —dijo, dando a los agentes esa información de sopetón. Ya estaban bastante nerviosos. No habían desenfundado las armas, pero todos tenían la mano en la pistola por si acaso—. Es mía. No sé si los ladrones van armados, pero ambos están incapacitados. El juez Roberts les está vigilando.

—¿Cómo se llama usted, señora? —le preguntó el más fornido de los dos mientras entraba por la puerta abierta de la casa, balanceando la luz de su linterna de lado a lado.

—Sarah Stevens. Soy la mayordomo del juez Roberts.

Sarah vio la mirada que intercambiaban los policías: ¿una mujer mayordomo? Estaba acostumbrada a esa reacción, pero lo único que dijo el agente fue:

—¿Juez?

—Lowell Roberts, juez federal retirado.

El oficial murmuró algo en la radio que llevaba colgada al hombro mientras Sarah les conducía por la oscura entrada, dejaban atrás la imponente escalera y llegaban al vestíbulo trasero. Los oficiales barrieron a los dos hombres que estaban en el suelo con la luz de sus linternas y también al hombre alto, delgado y de pelo blanco que les vigilaba de pie a una distancia prudencial.

El ladrón al que Sarah había propinado el puñetazo ya había recuperado la conciencia, pero quedaba claro que no estaba al corriente de lo ocurrido. Parpadeó varias veces y logró balbucear «¿Qué ha ocurrido?», pero nadie se molestó en responderle. El que estaba debajo del televisor sollozaba y maldecía alternadamente, empujando el peso que tenía sobre las piernas, pero no tenía fuerzas suficientes y habría hecho mejor en limpiarse la nariz; al menos así habría conseguido algo.

—¿Qué le ha pasado a ése? —preguntó el oficial más alto, iluminando con su linterna la cara del que estaba atado.

—Le golpeé en la cabeza.

—¿Con qué? —preguntó, agachándose junto al hombre y some- tiéndole a un rápido aunque detallado reconocimiento.

—Con el puño.

El oficial levantó la mirada sorprendido, y Sarah se encogió de hombros.

—Le di en la sien —explicó, y él asintió. Un golpe en la sien no- quearía a King Kong. No añadió que se había entrenado durante ho-

ras para llegar a ser capaz de dar aquel puñetazo. Elaboraría su respuesta en caso de que fuera necesario, pero hasta que un policía le preguntara específicamente por sus habilidades, Sarah y su cliente preferían mantener en privado la faceta de guardaespaldas que sus obligaciones incluían.

El registro se saldó con un cuchillo de una hoja de seis pulgadas que el hombre tenía escondido en una funda que llevada atada al tobillo.

—Se estaban llevando cosas por ahí —dijo Sarah, señalando a la puerta del solarium—. Hay puertas correderas de cristal y un patio fuera.

A lo lejos se oyó el ulular de sirenas, muchas sirenas, lo cual indicaba la llegada de una flota completa de policías y de personal médico. En poco tiempo la casa iba a llenarse de gente y Sarah todavía tenía cosas que hacer.

—Voy a sentarme allí para dejarles trabajar —dijo, señalando a las escaleras.

El policía asintió y Sarah se sentó en el cuarto escalón sobre sus pies descalzos. Lo más urgente era devolver la electricidad a la casa y luego el teléfono, aunque podían arreglárselas con el móvil. La alarma anti robo tenía una reserva de pilas, de manera que Sarah asumió que los ladrones también la habían manipulado, o al menos habían sido lo bastante inteligentes para burlarla. De cualquier modo, los de seguridad tendrían que comprobarlo todo. Probablemente también tendrían que remplazar las puertas correderas de cristal, aunque eso podía esperar hasta la mañana.

Con su lista de prioridades clara y firme en la cabeza y móvil en mano, Sarah llamó a Alabama Power para informar de un corte en el suministro eléctrico. Un buen mayordomo memorizaba todos esos números pertinentes, y Sarah era una buena mayordomo.